

TEXTO CLÁSICO E IMAGEN MEDIEVAL: UNA APROXIMACIÓN A LA INCIDENCIA DE LA LITERATURA ANTIGUA EN EL BESTIARIO ILUSTRADO

José Julio GARCÍA ARRANZ

No resulta fácil caracterizar en pocas palabras la categoría de textos medievales conocida de forma genérica como «bestiarios», y se nos antojan múltiples las definiciones que podemos proponer al respecto. Nilda Guglielmi, responsable de la única traducción castellana disponible del *Fisiólogo* latino¹, apuntó, contemplando su contenido y finalidad, que se trata de obras seudocientíficas moralizantes sobre animales, existentes y fabulosos, si bien algunos capítulos se dedican también a determinadas piedras y minerales, caracterización excesivamente imprecisa en su afán globalizador.

También puede aventurarse una definición que atienda en especial a las fuentes literarias que fundamentan estos textos, y que al mismo tiempo nos sirva como punto de partida para el análisis que desarrollaremos en las siguientes páginas. Desde este prisma, el bestiario escrito medieval es una alegorización doctrinal y/o moralizante cristiana de una serie de narraciones y descripciones, en especial referidas a contenidos de carácter zoológico y mineral, procedentes de la Antigüedad grecolatina. Las características o propiedades más o menos fabulosas de diversos animales reales o imaginarios, recogidas por los naturalistas, historiadores y viajeros del mundo antiguo, aparecen continuamente reflejadas en los capítulos de los bestiarios, revestidas de un ropaje alegórico de cariz cristiano con evidentes fines didáctico-morales.

Sin embargo, en muchas ocasiones los libros de bestias medievales presentan variantes o reinterpretaciones de aquellos relatos animalísticos grecorromanos que se verán plasmadas tanto en sus textos como en las imágenes. Es evidente que la transmisión manuscrita pudo generar errores en los copistas que finalmente produjeran modificaciones en el contenido de la narración original. Y también es cierto que entre los autores clásicos podemos encontrar a veces versiones contrastadas acerca de una misma noticia zoológica. Pero existen al menos otros dos factores que pudieron propiciar esta situación:

a) En primer lugar, la mayor parte del legado zoológico clásico fue desconocido para el estudioso medieval hasta los siglos XII y XIII. La herencia científica

¹ *El Fisiólogo, bestiario medieval*, introducción y notas de Nilda GUGLIELMI y traducción castellana de la versión latina Y de Manuel AYERRA REDIN, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1971, p. 7.

del Occidente altomedieval se limitó casi exclusivamente a fragmentos del saber grecorromano tal y como fue recogido por los enciclopedistas latinos². En el ámbito del mundo de la naturaleza, la *Historia natural* de Plinio constituyó «(...) una de las recopilaciones más influyentes y sobrevivió, durante los primeros siglos de la Edad Media, como libro de texto»³. A esta compilación se añadirían en el siglo VII las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, o, en el IX, el *De universo* del arzobispo de Maguncia Rabano Mauro, versión alegorizada del texto isidoriano, obras que, con su enorme influencia posterior, contribuyeron a mantener vivo el saber científico de griegos y latinos en la Europa Occidental. El desconocimiento de la mayor parte de los escritos originales convirtió a estas enciclopedias, con su inevitable carácter de resumen e interpretación de conocimientos precedentes, en casi la única fuente disponible de información zoológica para el erudito de la Alta Edad Media⁴.

b) Pero tal vez el principal factor de variaciones fue precisamente esa adaptación del legado clásico al proceso de alegorización cristiana. En este sentido debemos recordar que el Bestiario literario es el resultado final de la prolongada evolución de un texto compuesto en los primeros siglos de nuestra era —el denominado *Fisiólogo*—, cuyo análisis nos permitirá comprender mucho mejor la problemática de la recepción de la literatura zoológica antigua en un género medieval de gran difusión y popularidad. A continuación abordaremos esta cuestión con cierto detalle.

1. EL FISIÓLOGO. ORIGEN Y EVOLUCIÓN

Fue el *Physiologus* o *Fisiólogo* un breve tratado estructurado mediante una sucesión de pequeños apartados o capítulos, alcanzando cerca de cincuenta las versiones más primitivas. Cada uno de ellos expone, tras una cita bíblica que sirve frecuentemente de introducción, rápidas descripciones de los hábitos o peculiaridades más llamativos de una serie de animales o, en menor medida, piedras o plantas, ya sean reales o imaginarios, relatos que a continuación se alegorizan. Pese al discutido carácter científico de la obra⁵, la intención moralizante y didáctico-doctrinal parece anteponerse a cualquier otra en su concepción.

Se considera que el texto original, redactado en griego, fue compuesto en algún lugar del Mediterráneo Oriental (Alejandría o Siria) entre los siglos II y IV de nuestra era⁶. Para algunos investigadores la obra inicial constituiría un tratado zoológico realizado por un escritor pagano desconocido, al que se denominaría genérica-

² A. C. CROMBIE, *Historia de la Ciencia: De San Agustín a Galileo*, vol. 1 (Siglos V-XIII), Madrid, Alianza Universidad, 1987, p. 25.

³ A. C. CROMBIE, *loc. cit.*

⁴ A. C. CROMBIE, *op. cit.*, p. 26.

⁵ *Vid.* sobre este aspecto N. GUGLIELMI y M. AYERRA, *op. cit.*, pp. 8 y ss.

⁶ La profesora Florence McCULLOCH —*Mediaeval Latin and French Bestiaries*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1960, pp. 17 y ss.— recoge las principales teorías sobre la datación y lugar de origen del texto. La crítica más reciente se inclina a considerar que fue definitivamente Alejandría su lugar de composición. *Vid.* Michael J. CURLEY, *Physiologus*, Austin/Londres, University of Texas Press, 1979, pp. XVI-XVII.

mente «El Fisiólogo» –el «Naturalista»–, y que carecería, en consecuencia, de alegorías morales. Éstas serían incorporadas por un autor cristiano posterior, que seleccionaría –o adaptaría– los textos que considerara más interesantes para someterlos a una moralización religiosa⁷. Otros estudiosos consideran que fue un autor cristiano, aunque inspirado en textos anteriores, el que redactó de forma simultánea tanto las descripciones o propiedades de los animales como sus correspondientes ejemplificaciones morales⁸.

Alejandro fue durante los primeros siglos de nuestra era una importante encrucijada de tradiciones culturales. Según afirma la profesora McCulloch, «Aquí vivieron renombrados teólogos cristianos tales como Clemente y Orígenes; aquí floreció la sabiduría tradicional del antiguo Oriente; y también aquí fue acumulada la riqueza del conocimiento griego»⁹. Este ambiente propició que *El Fisiólogo* fuera el resultado de un trabajo sincrético, que se nutre de las leyendas populares y de la pseudociencia de tema animalístico que en estas centurias fue común a diversas culturas del Mediterráneo Oriental: griega, romana, egipcia, hebrea, e incluso hindú¹⁰.

En efecto, después de los monumentales ensayos biológicos de Aristóteles, la literatura zoológica de la Antigüedad entró en un progresivo deterioro. Se ignora de forma sistemática el rigor científico y el espíritu crítico que emana del corpus aristotélico para detenerse en sus aspectos más anecdóticos e intrascendentes. Se insiste en transferir a los animales un peculiar tipo de psicología que les atribuye vicios o virtudes, cualidades o defectos que son propios del ser humano, en establecer un complejo esquema de amistades y enemistades naturales entre las criaturas, o en otorgar a las bestias una especial «sabiduría mágica» que les permite predecir fenómenos meteorológicos, o conocer las propiedades medicinales o maravillosas de determinadas plantas¹¹.

Estas llamativas ejemplificaciones, que resultaban, sin duda, más sugestivas que otros sutiles y abstractos planteamientos biológicos de la obra aristotélica, se verán enriquecidas con las narraciones de viajeros y fábulas de muy diversa procedencia. En este sentido tendrán gran importancia las asombrosas noticias procedentes de

⁷ Florence McCULLOCH –*op. cit.*, pp. 19 y ss.–, que refrenda esta hipótesis con cierta cautela, nos remite a sus principales defensores. En este sentido *vid.* también la introducción de N. GUGLIELMI a la traducción castellana del *Fisiólogo latino* –p. 8–.

⁸ En esta línea Michael J. CURLEY –*op. cit.*, pp. XXII y ss.– observa, a partir del análisis de diversos capítulos del *Fisiólogo*, que el autor cristiano alteró intencionadamente el material animalístico pagano para adaptarlo a unas alegorías preconcebidas. Añade –p. XV– que por «Fisiólogo» no debemos entender «Naturalista» en el sentido actual, sino «(...) aquel que interpreta desde un punto de vista metafísico, moral, y, en definitiva, místico, el significado trascendente del mundo natural». De hecho, una de las actividades preferentes de la escuela cristiana alejandrina de los primeros siglos de nuestra era fue la exégesis alegórica de las Sagradas Escrituras, lo que también condujo a interpretar la Naturaleza de un modo místico, como revelación del poder y sabiduría ocultos del Creador, contexto que explicaría la aparición de un texto como el *Fisiólogo*.

⁹ F. McCULLOCH, *op. cit.*, pp. 17-8.

¹⁰ M. J. CURLEY, *op. cit.*, p. XXI.

¹¹ Francis KLINGENDER, *Animals in Art and Thought to the End of the Middle Ages*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1971, pp. 90-1.

Oriente, algunas de las cuales ya fueron adelantadas por Heródoto, pero que llegarán masivamente a partir de las campañas de Alejandro Magno en la India¹². Todo ello desembocó inevitablemente en la literatura denominada de «maravillas zoológicas», iniciada por Antígono de Caristos, y, sobre todo, por la escuela de ciencia helenística creada en Alejandría por Bolos de Mendes hacia el 200 a. C.

Este tipo de pseudociencia fantástica continuó floreciendo a la vez en Alejandría y en los círculos sirios, dando lugar a escritos místicos como los de Hermes Trimegisto, o las mágicas supersticiones atribuidas al rey Salomón: de hecho las *Cyranides* de Hermes, siempre y cuando éstas sean anteriores al *Fisiólogo*¹³, y la *Physica* del pseudo-Salomón son consideradas los precedentes más inmediatos de aquel texto¹⁴. En ambos centros culturales el viejo cúmulo de anécdotas griegas sobre animales ha sido progresivamente diluido, tal y como hemos indicado, por elementos de origen judío, hindú o egipcio. Será, en fin, uno de los últimos escritores de esta escuela quien transformará la historia natural al uso en un texto alegórico como el *Fisiólogo*, que ilustra la síntesis final entre ciencia griega y religión oriental¹⁵.

Pero el *Fisiólogo* no sólo se nutrió de la tradición alejandrina. A la mencionada corriente de maravillas zoológicas se sumaron de forma tímida diversos pasajes de la *Historia natural* de Plinio, o se incorporaron de lleno, sin ningún pudor, los tratados zoológicos de Plutarco de Queronea y Claudio Eliano, las obras cinegéticas de los dos Opianos, o la «colección de noticias memorables» de Julio Solino, entre otros. Esta serie de obras, cumbre de la sabiduría sobre cuestiones animalísticas de la Antigüedad tardía, servirá igualmente de ineludible fuente de información al autor del *Fisiólogo*¹⁶.

Tan sólo restaba ya añadir a este legado pseudocientífico las alegorías doctrinales y morales: «El anónimo autor del *Fisiólogo* —en palabras de Michael J. Curley— fundió estos venerables relatos paganos con el espíritu de la enseñanza moral y mística cristiana, y de este modo aquéllos ocuparon un lugar de especial importancia en el simbolismo del mundo cristiano»¹⁷. Este hecho debe enmarcarse en la preferencia de los estudiosos de las *Sagradas Escrituras* por una exégesis alegórica de las mismas y por la interpretación mística de la Naturaleza, cuyas criaturas deben ser estudiadas para que ellas revelen el poder y la sabiduría de su Creador¹⁸.

Ya hemos indicado que los bestiarios medievales son resultado del proceso de evolución y crecimiento de este primitivo *Fisiólogo*. Después de las primeras tra-

¹² F. KLINGENDER, *op. cit.*, p. 89.

¹³ Francesco SBORDONE, por ejemplo, considera que las *Cyranides* es un texto posterior a la primera versión del *Fisiólogo* —*Ricerche sulle fonti e sulla composizione del Physiologus greco*, Nápoles, G. Torella e Figlio, 1936, pp. 41 y ss.—.

¹⁴ Sobre el tema de las fuentes del *Fisiólogo*, además del trabajo de SBORDONE, pueden consultarse los estudios de Max WELLMANN —«Der Physiologos: Eine Religionsgeschichtlich-Naturwissenschaftliche Untersuchung», *Philologus*, Supplementband XXII, 1930, p. 60—, F. McCULLOCH —*op. cit.*, pp. 18-9—, M. J. CURLEY —*op. cit.*, pp. XXI-XXVI—, o S. SEBASTIÁN LÓPEZ —*El Fisiólogo atribuido a San Epifanio*, Madrid, Tuero, 1986, pp. V-VI—.

¹⁵ F. KLINGENDER, *op. cit.*, pp. 91-2.

¹⁶ *Vid.* nota 13.

¹⁷ *Op. cit.*, p. IX. La traducción es nuestra.

¹⁸ F. McCULLOCH, *op. cit.*, pp. 17-8.

ducciones latinas –siglos IV-V–, las diferentes versiones del tratado se fueron diversificando y engrosando con nuevos capítulos en un largo proceso de transmisión manuscrita. Adiciones procedentes de textos paganos –la *Collectanea rerum memorabilium* de Julio Solino– o cristianos como el *Hexaemeron* de Ambrosio de Milán, las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla o el *De universo* de Rabano Mauro, llegarán a duplicar con creces la extensión del primitivo texto. Este proceso conduce a una transformación de la naturaleza original del *Fisiólogo*, especialmente visible en la serie de versiones que surgen entre los siglos XII y XV: el *Fisiólogo* se ha convertido, de este modo, en un texto diferente, de más complejidad, denominado de forma genérica «bestiario», aunque su espíritu y estructura aún permanecen reconocibles bajo ese cúmulo de añadidos¹⁹.

2. TEXTOS CLÁSICOS Y BESTIARIO MEDIEVAL

La manipulación alegórica de carácter místico o moral que los relatos greco-romanos sobre animales experimentan en el *Fisiólogo* y, posteriormente, en los bestiarios, dio lugar, como adelantamos, a variaciones de distinto tipo en la información original que aquellos textos clásicos nos ofrecían, situación que también se verá reflejada en sus ilustraciones. Examinemos a continuación algunas posibilidades:

1. En algunos casos la narración zoológica grecorromana se respeta en líneas generales, sin apenas transformaciones, añadiéndose tan sólo la alegoría doctrinal o moralizante. Un ejemplo podría ser el referido a uno de los sorprendentes comportamientos que se atribuyeron a las grullas durante sus desplazamientos migratorios. Según el relato de Plinio:

«Tienen [las grullas] de noche escuchas y centinelas, las cuales sustentan con un pie una piedra, para que si con el sueño lo afloxan y se cae, muestre su indiligencia. Todas las demás duermen teniendo la cabeza cubierta debaxo del ala, quando sobre un pie, quando sobre otro. El capitán teniendo levantado el cuello, mira lo que passa de lexos, y lo significa a las otras»²⁰.

Un texto de similares características es el que solemos leer en los bestiarios referido al peculiar carácter comunitario de estas aves:

«Existe un ave llamada grulla, capaz de mucha previsión. El Fisiólogo nos dice que, allá donde se reúnen varias, siempre hay una que guarda a las demás, y vela continuamente mientras éstas duermen; y vigilan por turnos. La que está de guardia, como no quiere dormirse, toma piedrecillas en las patas, para evitar estar tranquila y dormirse profundamente».

¹⁹ F. McCULLOCH, *op. cit.*, pp. 21 y ss.; N. GUGLIELMI, *op. cit.*, pp. 31 y ss.; M. J. CURLEY, *op. cit.*, pp. XXVI y ss.; S. SEBASTIÁN LÓPEZ, *op. cit.*, pp. VII-VIII.

²⁰ *Nat.* X, 58-59; la traducción es de Gerónimo DE HUERTA, *Historia natural de Cayo Plinio Segundo*, Madrid, Luis Sánchez, 1624, p. 721. El relato aparece, de forma muy similar, en textos de ARISTÓTELES –*HA IX*, 10, 614 b–, PLUTARCO –*De sollertia animalium*, 967 C–, Claudio ELIANO –*NA III*, 13–, o Julio SOLINO –*Sol.*, cap. 14–.

Como podemos observar, la única diferencia sustancial entre ambos relatos es la alegoría moral que se incorpora al texto medieval:

«Sobre esto nos dice el Fisiólogo que la grulla que vela por las demás es la prudencia, que debe guardar a todas las demás virtudes del alma; y las patas son la voluntad [...]. Quien quiera así precaverse contra los engaños del demonio, ha de prepararse como la grulla y velar para que no la atrapen»²¹.

Las ilustraciones medievales de la grulla suelen aludir a este pasaje: el líder de la bandada vigila, sujetando la piedra en una de sus patas alzadas, mientras las demás aves, confiadas, descansan a su alrededor (fig. 1).

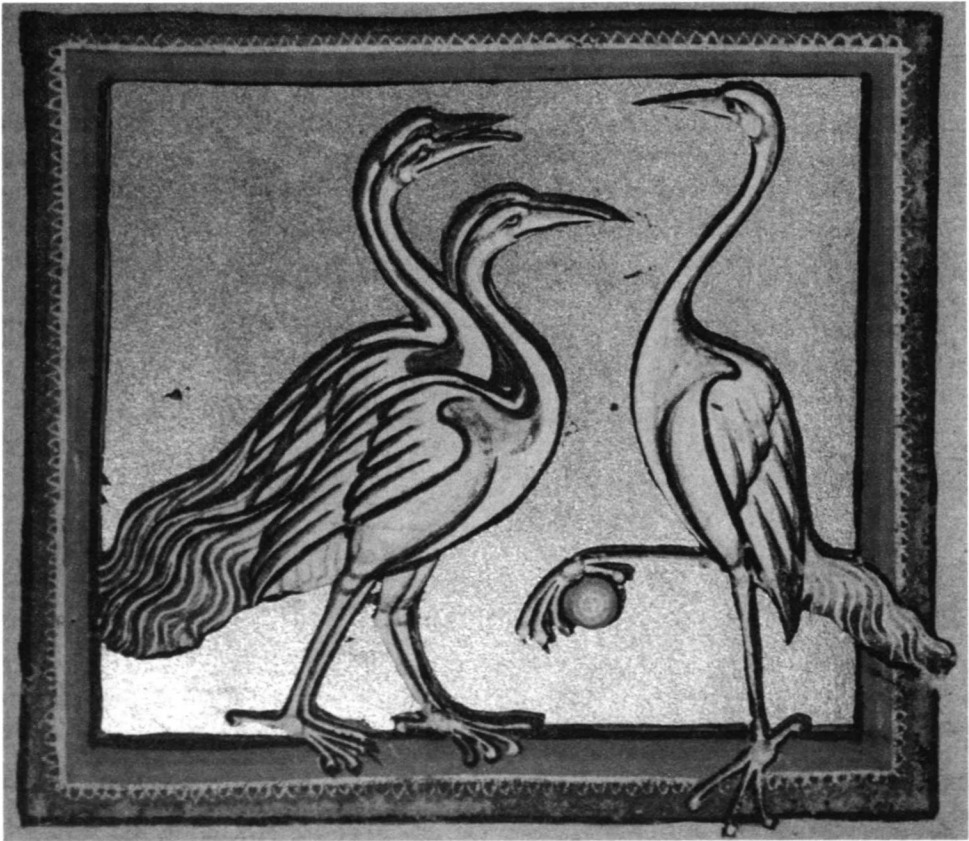


FIG. 1. Grullas. MS Ashmole 1511 de la Biblioteca Bodleian (Oxford), fol. 57 r.

2. En otros capítulos del bestiario, las descripciones de las propiedades de ciertos animales siguen de cerca las referidas en los textos clásicos, aunque su lectura

²¹ *Bestiario* de Pierre DE BEAUVAIS (versión larga; c. 1218); la trad. es de Ignacio MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario medieval*, Madrid, Siruela, 1986, pp. 86-7.

o interpretación errónea puede dar lugar a variantes involuntarias en los textos medievales, o en las imágenes que los ilustran. Un ejemplo podría ser la narración referida al ave fabulosa conocida como cinamomo:

«El Cinamulgo [*cinnamomus*] ave del Arabia haze su nido en bosques excelentísimos de ramilletes de canela, y porque donde los hazen no se puede subir a causa de la altura de los ramos, y por ser tiernos y quebradizos, la gente de aquella tierra derriban aquella copia de ramilletes con viras o dardos guarnescidos de plomo, y esta canela venden por mayor precio, porque los mercaderes la tienen por la mejor de todas»²².

Idéntico relato leemos en algunos bestiarios:

«Otro pájaro de Arabia, el cinomolgus, es así llamado porque construye su nido en los árboles más altos, haciéndolos a base de cinamomo. Como los hombres no pueden subir hasta tal altura, debido a la altitud y fragilidad de las ramas, ellos tratan de golpear los nidos con proyectiles pesados y así hacer caer el cinamomo. Venden los nidos a precios muy elevados, pues los mercaderes aprecian los frutos del cinamomo más que otros muchos»²³.

La ambigüedad del término «proyectil pesado» hace que los ilustradores de los bestiarios entiendan que son piedras, y no flechas cargadas con plomo, las armas que permiten derribar los nidos. En algunas de sus iluminaciones un hombre amenaza el nido del ave manejando una honda, en tanto un ayudante porta gran número de piedras (fig. 2).

3. Existen también varios casos en los que la narración grecolatina sobre determinada bestia resulta en parte alterada en los textos del bestiario, de forma intencionada, para poder así adaptarlos a la alegoría moral que se pretende establecer. Comprobémoslo con una de las propiedades atribuidas a la pantera:

«Las onças [panteras] tienen sobre lo blanco unas manchas, como ojos pequeños. Dizen, que todos los animales de quatro pies se deleytan grandemente con el olor destas: pero que se espantan con la fiera de su cabeça: y assí ellas esconden, para coger a trayción las demás fieras, que atraen assí con la dulçura de las otras cosas»²⁴.

²² Sol., cap. 45; la trad. es de Christóval de las Casas, *De las cosas maravillosas del mundo*, Sevilla, Alonso Escrivano, 1573, pp. 99 r. y v. Un relato similar encontramos en los escritos de Aristóteles –HA IX, 13, 616 a–, Antígono de Caristo –*Mir.* 49–, o Eliano –NA II, 34; XVII, 21–. Heródoto –*Hdt.* III, 111; pp. 208-9 de la trad. de Carlos Schrader, Heródoto: *Historia*, vol. II (libs. III-IV), Madrid, Gredos, 1979– narra una versión diferente, tal vez procedente de un cuento fenicio:

«[...] las aves transportan las ramas [de cinamomo] para la confección de sus nidos, que, están adheridos, mediante barro, a unos escarpados riscos, que no ofrecen el menor acceso a un ser humano. Pues bien, en esta tesitura, los árabes [...] descuartizan en trozos lo más grandes que pueden los miembros de los bueyes, asnos y demás bestias de carga que se les van muriendo [...] [y] los depositan cerca de los nidos y se alejan bastante de ellos. Las aves no tardan en bajar volando y suben los miembros de los animales a sus nidos, que, como no pueden soportar su peso, se rompen cayendo al suelo».

Esta variante es recogida, junto con la de Aristóteles, por Plinio –*Nat.* XII, 85–.

²³ *Bestiario latino en prosa* (MS li 4 26) de la Biblioteca Universitaria de Cambridge (s. XII). La traducción es nuestra a partir de la versión inglesa de T. H. White, *The Book of Beasts, being a Translation from a Latin Bestiary of the Twelfth Century*, Londres, Jonathan Cape, 1954, p. 139.

²⁴ Plinio, *Nat.* VIII, 62; la trad. es de Gerónimo de Huerta, *Traducción de los libros de Caio Plinio Segundo, de la historia natural de los Animales*, Alcalá de Henares, Iusto Sánchez Crespo, 1602,



FIG. 2. Recolectores de cinamomo ante el nido del ave. MS Ashmole 1511 de la Biblioteca Bodleian (Oxford).

p. 157 v. Sobre este tema véase ARISTÓTELES -*HA IX*, 6, 612 a-, ELIANO -*NA V*, 40-, PLUTARCO -*op. cit.*, 976 d-, SOLINO -*Sol.* cap. 26-, u HORAPOLO -*Horap.*, II, 90-. Tanto ARISTÓTELES como ELIANO, PLUTARCO y HORAPOLO consideran que es el leopardo, y no la pantera, el animal que posee las propiedades descritas.

El relato de Plinio es así alterado en los textos medievales:

«Existe un animal llamado pantera, de pelaje abigarrado con colores muy diversos, de extraordinaria belleza, y que difunde un suave aroma. El Fisiólogo dice de esta bestia que el dragón la odia muchísimo. Cuando la pantera come, se sacia con diversos alimentos, y después va a acurrucarse en su cubil y se duerme. Tres días más tarde, se despierta, se levanta, y lanza entonces un gran rugido. Cuando los demás animales oyen su voz, se reúnen todos; los que se encuentran lejos, como los que están cerca, son atraídos por el suave perfume que brota de su boca. Pero cuando el dragón oye su voz, tiembla de miedo con todos sus miembros, y va a sepultarse en su madriguera subterránea [...]. Los demás animales siguen a la pantera, debido al suave perfume de su boca, a cualquier lugar al que se dirija».

Estas modificaciones permiten la siguiente alegorización:

«Del mismo modo, Nuestro Señor, auténtica pantera, atrae a Él por la santa encarnación a la raza humana, a la que el dragón, es decir, el demonio, mantenía en un estado semejante a la muerte»²⁵.

Resultaba por tanto necesario introducir un nuevo elemento, la serpiente alada o dragón, como figura del maligno que huye derrotado ante la Encarnación de Cristo. Las ilustraciones del bestiario inciden también en esta invención (fig. 3), mostrando a un dragón que corre a ocultarse en alguna oquedad mientras los demás animales acuden extasiados al suave aroma de la predicación de la pantera-Cristo.

4. Puede también darse el caso de que la narración clásica que da lugar a un capítulo del bestiario sufra alteraciones a causa de la interferencia de alguna cita procedente de determinada autoridad cristiana, o incluso de la *Biblia*, como sucede en el episodio del ciervo. Aquí una sentencia extraída de las *Sagradas Escrituras* modificará el viejo relato pagano, y dará pie a una célebre alegorización moral del hombre penitente. Según palabras del poeta griego Opiano de Apamea,

«[...] todas las razas de las serpientes y los ciervos mantienen amargo y recíproco odio siempre y, por todas partes, en las hondonadas del monte el ciervo busca a la audaz serpiente. Pues cuando él ve el rastro de la serpiente [...], llega exultante cerca de su escondrijo y pone sus narices en el agujero, arrastrando con violento aliento al mortífero reptil a la batalla, y, aunque ella no quiere combatir, el fuerte resoplido la incita a salir de su profundo cobijo».

Más adelante, describiendo la lucha de las serpientes de Libia con los ciervos a los que acosan cuando están desprevenidos, añade Opiano:

«Él [el ciervo] parte a algunas [serpientes] con sus mandíbulas, a otras las mata con sus pies y pezuñas, y cae al suelo un inextinguible reguero de sangre de las serpientes; y el cuerpo y los miembros de las bestias medio devoradas se esparcen por la tierra».

Finalmente el ciervo, atormentado por los dolores que le causa la ponzoña de los reptiles, y conocedor de su única curación posible,

²⁵ *Bestiario de Pierre DE BEAUVAIS* (versión corta); la trad. es de I. MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario medieval...*, pp. 29-30.



FIG. 3. *Pantera atrayendo a los animales con su aliento.* MS Royal 12 F xiii de la Biblioteca Británica (Londres), fol. 9.

«[...] busca por todas partes la oscura corriente de un río. Allí mata cangrejos con sus mandíbulas y obtiene un remedio aprendido por sí mismo para su doloroso mal; y, en seguida los restos de las crueles bestias caen de su piel espontáneamente a sus pies, y se cicatrizan por todas partes las heridas producidas por sus dientes»²⁶.

²⁶ C. II, 234-91; la trad. es de C. CALVO DELCÁN, *De la caza*, Madrid, Gredos, 1990, pp. 94-6. La enemistad entre ciervo y serpiente es también citada, entre otros, por PLINIO -*Nat.* VIII, 118-, PLUTARCO -*op. cit.*, 976 D- y ELIANO -*NA.* II, 9; IX, 20-. El hecho de que el ciervo coma cangrejos como remedio para la mordedura de animales venenosos aparece también en ARISTÓTELES -*HA* IX, 5, 611 b-, o PLINIO -*Nat.* VIII, 112-.

A esta legendaria enemistad entre el ciervo y los ofidios se incorporan en los textos medievales los siguientes versos de uno de los *Salmos* bíblicos (42, 2-3):

«Como anhela la cierva las corrientes de las aguas,
así te anhela mi alma, ¡oh Dios!
Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo:
¿Cuándo iré y veré la faz de Dios?».

Estos versículos harán que el agua pura sustituya a los cangrejos como remedio del cuadrúpedo contra las mordeduras venenosas:

«[Al ciervo] Le gusta mucho el agua clara y sana; pero el dragón es de tal índole, que mata las crías del ciervo cuando puede penetrar en su madriguera. Cuando el ciervo logra encontrarlo, le hace salir con su aliento, que el dragón no puede soportar. El ciervo lo destroza y lo engulle; lo hiere y lo mata pateándolo. Para evitar envenenarse, el ciervo va en busca de agua clara y pura; va a vomitar en la fuente, ya que no puede soportar el veneno. A causa de la ponzoña y de la hinchazón, se le caen inmediatamente los cuernos, muda de uñas y piel, le sudan todos los miembros. Después de bañarse, está curado; todo su cuerpo rejuvenece».

La correspondiente alegorización resulta evidente:

«El ciervo representa al hombre que hace penitencia. Cuando el hombre se siente en pecado y presa del diablo, debe quitárselo de encima mediante el ayuno y la vigilia. Debe acudir a la Santa Iglesia y arrancar su pecado»²⁷.

En algunos bestiarios la ilustración del ciervo refleja de forma simultánea ambas escenas: la lucha con el reptil, y la búsqueda del manantial salvador (fig. 4).

5. Por último, algunos pasajes de la Antigüedad pagana son totalmente transformados con el fin de adaptarlos a una alegorización moral, hasta el extremo de casi hacer irreconocible la fuente que ha servido como punto de arranque. Uno de los ejemplos más conocidos es el del pelícano eucarístico cristiano. Los posibles precedentes clásicos de la leyenda medieval se encuentran en los siguientes pasajes de Claudio Eliano, referidos respectivamente al pelícano y a la cigüeña:

«Los pelícanos de río, primero meten en la boca los mejillones y luego los tragan y, después de calentarlos en el fondo del estómago, los vomitan y las conchas se abren por efecto del calor [...] y entonces el pelícano extrae la carne y se da un banquete»²⁸.

«[...] cuando una cigüeña adulta no tiene comida que ofrecer en el nido a los polluelos que todavía no vuelan y que son tiernos por cualquier inconveniente con que se haya encontrado, alimenta a los citados polluelos recurriendo a vomitar la comida que hubiese comido la víspera. He oído que hacen lo mismo también las garzas, y hasta los mismos pelícanos»²⁹.

²⁷ *Bestiario rimado de GERVAISE* (inicios del s. XIII); la trad. es de I. MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario medieval...*, p. 45.

²⁸ NA III, 20. Esta noticia se encuentra igualmente en ARISTÓTELES –HA IX, 10, 614 b–, o Antígono DE CARISTO –Mir. 47–.

²⁹ NA III, 23.

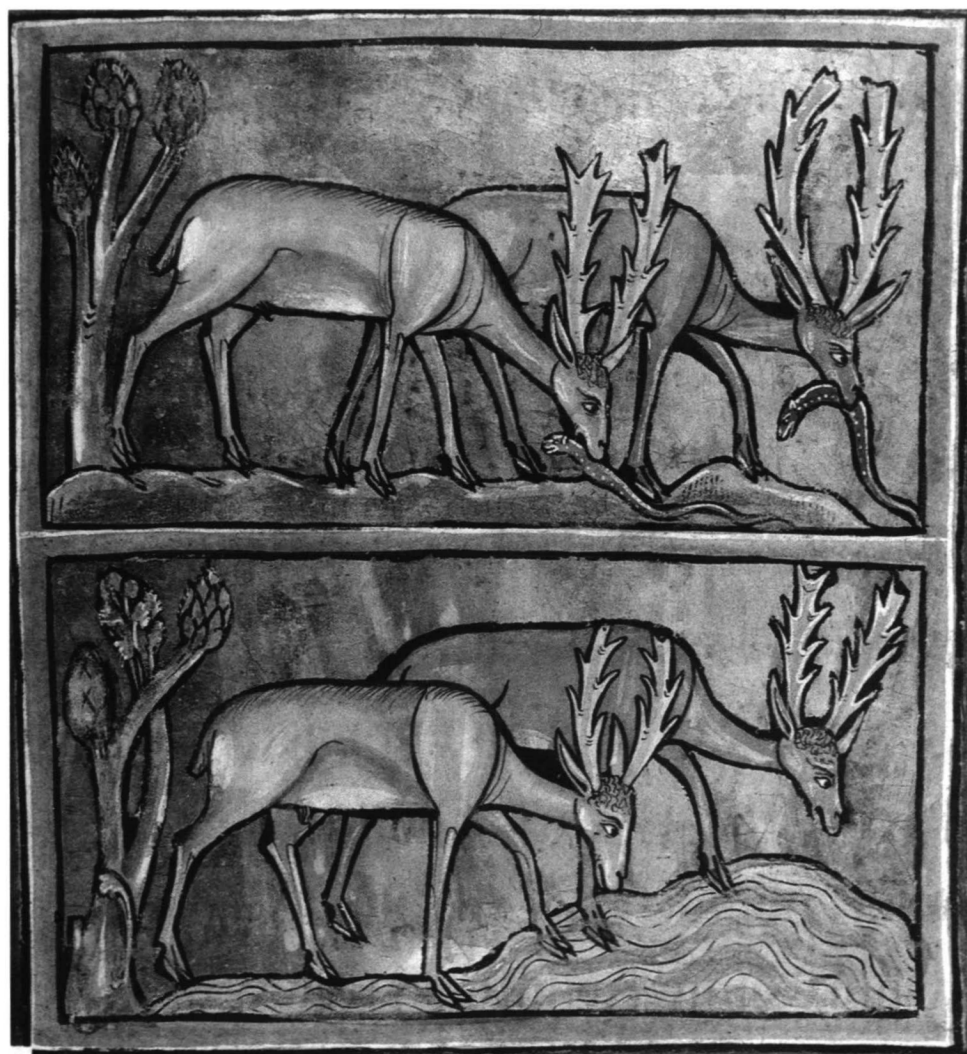


FIG. 4. Ciervos comiendo serpientes y bebiendo en un manantial. MS Royal 12 F xiii de la Biblioteca Británica (Londres), fol. 19.

Estas noticias fueron totalmente manipuladas por el anónimo autor de *El Fisiólogo* —o por su informante—, aportando una fuerte dosis de imaginación³⁰, alteración que es así refrendada en una de las versiones del bestiario medieval:

³⁰ En el texto del *Fisiólogo Latino* (versión Y) leemos:

«El Fisiólogo dice del pelícano que ama mucho a sus hijos. Engendrados éstos, cuando crecen comienzan a golpear en el rostro a sus padres, y los padres, a su vez, hacen lo mismo. Pero los padres luego se compadecen, los lloran durante tres días, condoliéndose de aquellos a quienes mataron. Al tercer día la madre, hiriéndose el pecho, rocía con su sangre los cadáveres de los polluelos y aquella sangre los rescata de la muerte» (p. 43 de la trad. cit. de Nilda Guglielmi).

«Cuando [el pelicano] se acerca a los polluelos, que son grandes y hermosos, y quiere acariciarlos y cubrirlos con sus alas, las avecillas, que son crueles, empiezan a picarle, pues quieren devorarlo y sacarle ambos ojos. El padre, enfurecido al sentir las heridas, les pica y golpea, matándolos con violencia, dejándolos tendidos sin vida. Regresa al tercer día y, para su dolor, los encuentra muertos. Tanto sufre al ver a sus polluelos sin vida, que se hiere el cuerpo con el pico hasta que brota la sangre. Ésta va goteando y cayendo sobre los pajarillos; tal poder tiene, que recuperan la vida».

Este fantástico relato es a continuación asociado, también de acuerdo con la enseñanza del *Fisiólogo*, a la popular y difundida alegoría de carácter cristológico:

«Este pájaro significa el Hijo de Santa María; nosotros somos sus polluelos que, en figura de hombres, somos resucitados y rescatados de la muerte por la sangre preciosa que Dios derramó por nosotros»³¹.

Las ilustraciones del bestiario reproducirán, lógicamente, los distintos momentos de la interpretación medieval del relato del ave, por lo general de forma seriada (fig. 5).



FIG. 5. Pelicano con sus polluelos. MS Harley 4751 de la Biblioteca Británica (Londres), fol. 46.



Una vez trazados estos itinerarios, nos encontramos en condiciones de comprender mejor la naturaleza y configuración del imaginario animalístico cristiano, que

³¹ *Bestiario de Philippe de THAÛN* (c. 1121); la trad. es de Ignacio MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario medieval...*, pp. 53-4.

será utilizado con profusión por la iglesia católica en diversas manifestaciones iconográficas de la Baja Edad Media y la Edad Moderna. Observamos que animales-símbolo tan recurrentes como el pelícano sangrante alimentando a sus hijos, o el ciervo bebiendo del manantial –a los cuales se pueden incorporar otros de la talla del ave fénix sobre las llamas, el león de Judá que se mantiene vigilante, o la serpiente que cambia su vieja piel– son el producto de un proceso de enmascaramiento alegórico –bien por contaminación de otros textos, bien por necesidades de adaptación a las connotaciones simbólicas que les son incorporadas– de relatos zoológicos heredados de la tradición clásica.

El origen se remonta siempre a textos grecorromanos, más o menos reconocibles tras su manipulación, cuya autoridad resultó en cualquier caso suficientemente valorada para respaldar o legitimar desde un punto de vista «científico» aquellas verdades dogmáticas o doctrinales con las que se trascienden las supuestas propiedades naturales de la «bestia» en cuestión. Sólo comportamientos animales con garantía de autenticidad –y las informaciones de Plinio o Solino gozaron de tal prerrogativa durante los siglos medievales– podían ser eficaces para ejemplificar y fundamentar de forma sólida imágenes religiosas que movieran a la devoción.

El proceso culmina cuando tales símbolos se desentienden de sus orígenes. Plenamente arraigados en el imaginario religioso popular –y pese a que los naturalistas insistieran desde fines del siglo XVII en el detalle de que los pelícanos no se autolesionan para resucitar milagrosamente a sus polluelos, o que las serpientes no se cuentan entre los manjares favoritos del ciervo–, estas imágenes alegorizadas logran pervivir intactas en la parafernalia litúrgica posterior, cumpliendo con eficacia su finalidad simbólica, totalmente independientes y desligadas de la realidad física y de unos viejos fundamentos literarios que, por innecesarios, acabarán siendo olvidados.